

LAUDATIO de Dña. **MARÍA DOLORES GÓMEZ DE ÁVILA** (María de Ávila) para el acto honorífico de denominar con su nombre una de las salas de ensayo de la Compañía Nacional de Danza en homenaje a su labor como directora.

Dra. Ana Isabel Elvira Esteban



*Sr. Director de la Compañía Nacional de Danza, D. José Carlos Martínez, Sra. Dña. Dolores García Gómez, hija de la homenajead, autoridades que nos acompañan y todos los presentes en este acto, sean BIENVENIDOS.

Si lo pensamos bien, no debería resultar difícil escribir una laudatio en honor de una persona ilustre, especialmente en el caso de María Dolores Gómez de Ávila. Sus virtudes y méritos han sido expuestos por personas de mucha más relevancia que yo, sobre todo tras la triste noticia de su fallecimiento el día 27 de febrero del presente año, no obstante, intentaré recordar el importante papel que ha ejercido dentro del mundo de la danza en España.

Referente fundamental de la danza académica en nuestro país, sin ninguna duda, el largo recorrido profesional de María de Ávila se desarrolló a lo largo del siglo XX en tres facetas diferentes (bailarina, maestra y directora de compañías) y en contacto con algunas de las más destacadas instituciones dancísticas españolas; si bien es cierto que su prolífico y excepcional magisterio (hecho realidad a partir de una metodología personal, en la que convergieron elementos e influencias diversas, amor a la danza, rigor, constancia y disciplina) ha sido lo que mayor renombre y visibilidad le ha aportado.

Aunque gran parte de su vida transcurriera en Zaragoza, nació en Barcelona y allí se formó como bailarina. También en la capital catalana se desarrolló la mayor parte de su carrera escénica. Su inicio en la danza (tanto clásica, como española) comenzó a los diez años con la maestra Pauleta Pàmies y completó sus estudios de danza con Antonio Bautista y Antonio Alcaraz. “La Pauleta” –apodo con el que se la conocía–, además de enseñar, también ejercía el papel de directora coreográfica del cuerpo de danza del Teatro del Liceo y ello le permitió tener un fácil acceso a las producciones de ópera y danza que se representaban en sus tablas, donde debutó siendo niña.

Como profesional en el cuerpo de baile del Liceo su comienzo fue temprano y algo meteórico. En 1936, con tan sólo 16 años, ascendió al puesto de primera bailarina en sustitución de la titular, que se encontraba fuera de España, hasta que tuvo que abandonar temporalmente el escenario tras el estallido de la guerra.

En 1939 se reincorporó como primera bailarina de ese mismo teatro, al lado del que sería su gran compañero Juan Magriñá. Durante aproximadamente diez años formaron pareja dancística y actuaron en otros escenarios como el Palau de la Música y el Teatro de la Comedia en Barcelona o los teatros Español y María Guerrero en Madrid. Juntos también tomaron parte de dos interesantes proyectos escénicos: la Gran Compañía Española de Danza y los Ballets de Barcelona. Siempre fueron aplaudidos y recibieron gran reconocimiento de la crítica.

A pesar de su estrecha vinculación profesional, Magriñá no fue el único partenaire de María de Ávila. Fue pareja de Vicente Escudero (1939), primera bailarina junto a Alexander Goudinov en la Compañía Española de Ballets (1942) y actuó como compañera del bailarín francés Edmond Lival en varios recitales y conferencias ilustradas de danza (1944).

En 1945, sin dejar su faceta de bailarina, se incorporó como profesora al Instituto del Teatro de Barcelona y allí permaneció hasta 1948. En esa fecha, al tiempo que rechazaba una propuesta

para bailar en Nueva York, decidía abandonar definitivamente la escena para contraer matrimonio. Tras un tiempo de dedicación familiar durante el que nació su única hija, se instaló definitivamente en Zaragoza.

Comenzó a impartir clases en su propia casa y en 1954 decidió abrir un pequeño estudio de danza en la calle del Coso, que cambió después al actual de la calle Francisco de Vitoria. La escuela, ya desde finales de los años 60, se convirtió en una cantera de bailarines de danza clásica, algo muy poco habitual en España. Desde entonces nunca han dejado de salir destacados profesionales por sus puertas, entre ellos su primer alumno varón, Víctor Ullate, quien fue el primer director de esta casa o su hija, quien nos acompaña en este acto.

En 1982 y a partir de un grupo de sus propios alumnos, fundó el Ballet Clásico de Zaragoza, una agrupación que cosechó éxitos desde sus primeros pasos. Poco después fue requerida para hacerse cargo de las dos compañías nacionales y la dirección quedó en manos de Cristina Miñana.

Su llegada como directora a las compañías nacionales en febrero de 1983, implicó ciertos cambios. El primero desde el punto de vista político, puesto que significó la unificación de los dos grupos bajo una sola denominación, Ballet Nacional de España. Se buscaba convertir la compañía en una institución española representativa, lo que hoy todos reconocemos en el sello "Marca España", y en ese sentido así lo llevó a cabo. Incluso llegó a incorporar la denominación "Real" en su nombre en varias giras por el extranjero gracias al apoyo de la Casa Real española.

El resto de las modificaciones, en su mayoría, tuvieron un cariz más estrictamente artístico. Su empeño fue desde un principio mejorar el trabajo técnico de los elencos, renovar y ampliar sus respectivos repertorios y ampliar el número de actuaciones, tanto en escenarios nacionales como en extranjeros. Su dirección fue corta pero profundamente intensa y aunque tuvo experiencias muy dolorosas y desagradables en ambas secciones, su paso por ambas dejó huella. En la española incorporó al repertorio algunas de las obras más emblemáticas de la compañía. Respecto a la clásica, su proyecto se decantó por un progresivo acercamiento hacia la tradición académica, previo paso por algunas obras más cercanas en el tiempo, como las del gran coreógrafo neoclásico Georges Balanchine. Era un importante reto para una compañía de muy corta vida, y pese al escepticismo de muchos, logró poner en escena el segundo acto de *El lago de los cisnes*, uno de los grandes títulos de la memoria histórica.

Tras su dimisión en septiembre de 1986, regresó a su escuela de Zaragoza y continuó su labor pedagógica para volver a mostrar sus frutos en 1989, con un nuevo proyecto en el que contó con la estrecha colaboración de su hija: el Joven Ballet María de Ávila. Una agrupación efímera que descubrió de nuevo un filón de magníficos bailarines.

La lista de alumnos formados en su escuela con carreras profesionales dentro y fuera de España no pasa inadvertida, porque muchos han sido destacados bailarines a nivel internacional y han desarrollado significativas trayectorias, incluso también como docentes. A través de todos ellos el nombre y el legado de María de Ávila se ha diseminado a modo de un gran árbol genealógico que no cesa de crecer, aportando a la danza académica española, o clásica si se prefiere, un vigor fecundo tanto en calidad técnica como en excelencia artística.

A lo largo de su vida recibió numerosas distinciones desde de las más variadas instituciones (nacionales, comunitarias, locales y profesionales), en una larga lista que no vamos a detallar, a la que habría que sumar los diferentes homenajes. Su autoridad profesional es tal, que resulta de obligada mención en cualquier libro relacionado con la historia de la danza en España, pues no podría comprenderse el devenir de la danza clásica en nuestro país sin conocer su trabajo.

Al igual que sucede en el acto al que asistimos en el día de hoy, su nombre ha pasado a denominar algunas instituciones e incluso lo encontramos en una calle de la ciudad de Zaragoza. Como reconocimiento, sin embargo, creo importante resaltar el haber formado parte de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza desde 1979, pues además de ser la primera profesional de la danza en lograrlo en nuestro país, significó un gran paso para que nuestra disciplina artística alcanzara mayor reconocimiento y visibilidad.

No voy a alargar más este acto, aunque la sobresaliente trayectoria profesional de la homenajeada daría pie a muchos otros comentarios e interesantes reflexiones. No obstante, antes de finalizar esta laudatio, es más que obligado hacer una referencia a José María García Gil, su esposo, quien falleció precisamente durante el tiempo de su dirección en esta institución, momento al que María de Ávila se sobrepuso con su habitual sentido del deber y su férrea disciplina, pero cuya desaparición –podría decirse–, fue tan sólo física, porque él siempre fue su ancla de sostén. Al menos yo lo recuerdo así. Por eso creo que ambos constituyeron un tándem que quedará para siempre contenido en la denominación honorífica de esta sala, de la que hoy toma su nombre artístico en tan merecido homenaje. Enhorabuena por ello a sus familiares directos, así como a todos los que se sienten o se han sentido estrechamente vinculados a ella a lo largo de su vida. Muchas gracias a todos por su atención.*